

Segunda parte*

1952

A plena luz del día, en el traspatio de la pensión «El Puente», Juan, rodeado de chanchos y gallinas, termina de desembalar las últimas piezas del transmisor que ha ido recibiendo en varios despachos. Contempla el armazón de lámparas y cables, contrariado porque el peso hará difícil su transporte hasta la casa para las operaciones de transmisión. Algunas gallinas, mirando el extraño aparato, perplejas como él, no se atreven a tocarlo y se alejan con un corto cacareo que le suena a burla o protesta.

A una pregunta que hiciera en cierta ocasión, recuerda que le respondieron: «El revolucionario no debe crear problemas, debe resolverlos...», vuelve a preguntarse: «¿Soy acaso revolucionario?... ¿El hecho fortuito de mi implicación en los acontecimientos pasados son una razón para sentirme revolucionario?... Actué, simplemente; hice el papel que correspondió en la circunstancia. Nadie me debe ni a nadie di nada: viví lo mío. Eso es todo».

La luz del sol empieza a velarse al declinar la tarde. Juan, indeciso, fuma un cigarrillo; recuerda el día que en un café de Buenos Aires, punto de reunión cotidiana de sus compatriotas exiliados, al oír que hablaban de planes para un nuevo complot, por decir algo, preguntó si ya tenían un transmisor «¿Un transmisor?...» Se hizo un silencio; sus miradas se entrecruzaron y «¡Es verdad!... ¡Ningún movimiento revolucionario que se ufane de tal puede carecer de algo tan importante!...» Seguidamente, conforme fueron descubriendo su eficacia, el entusiasmo creció hasta que le propusieron: «Ven a la reunión del viernes. Conseguiremos el aparato. Tú serás el encargado.» «¿Yo?»... «¡Claro! ¡Tú entiendes de eso!», y el viernes le dijeron: «El jefe está de acuerdo. Busca el transmisor que creas conveniente...»

Así, después de seis años de exilio solitario, entró a formar parte del «cuadro técnico» del Comando Revolucionario. Conforme el andamiaje del complot se iba afianzando, sus integrantes fueron adquiriendo mayor confianza. «Ahora sí las cosas van en serio, compañeros —había dicho el Jefe—; y ahora menos que nunca, la intervención de todo aquel que quiera unirse a la causa libertadora estará expuesta al aventurado capricho de la casualidad. ¡El resultado será el triunfo!... ¡El pueblo sabrá pagar con creces todo sacrificio que se haga por liberarlo de la explotación y la miseria!... etc., etc.»

Después vino el largo trayecto hasta la frontera que cruzó sin dificultad, confundido entre el tráfico de comerciantes y contrabandistas. Luego, la pensión «El Puente», donde doña Remedios, la propietaria, da alojamiento y sirve de enlace.

Todo esto, producto de interminables planificaciones durante el ocioso exilio, poseía no obstante la dudosa infalibilidad que va de la teoría a la práctica. Había sucedido muchas veces que siendo reunidos de la manera más urgente recibían de pronto un mensaje de retirada general, para enterarse luego, después de otros tres días de retorno, que nadie sabía la procedencia de la orden ni la contraorden. Y otra vez, habiendo recibido un mensaje de reunión de emergencia, los diez o veinte que acudían al sitio señalado, conforme llegaban eran recibidos por policías que con burlona ceremonia conducían al complotador a una celda. Desde luego, cada vez que una de estas acciones era develada, nunca se sabía cómo y, generalmente, la vindicta era brutal y el destino incierto.

Desde la puerta de la cocina que da al traspatio, doña Remedios contempla por un momento la escena; luego se acerca.

—¿Y para qué, pues, sirve ese aparato? —pregunta.

—Es un transmisor de radio, doña Remedios —responde Juan—. Se habla por él y se oye en todo el país...

—¿Y toca música?

—Sí, puede, pero no lo utilizaremos para eso... Cuando comience la revolución, desde aquí se darán las instrucciones...

Pensativa, agrega: — Es grandote el aparato.

—...y pesa mucho —responde él, sentándose en el cajón de embalaje—. No sé cómo llevarlo...

—Hum... El Silvico puede cargarlo si le pagas bien.

—¿Usted cree, doña Remedios?

—Él carga cosas más grandes que éstas... —y va alejándose en busca de Silvico.

—Doña Remedios, deme una manta o alguna otra cosa para taparlo.

Ella le da un pedazo de tela que cubre por demás el aparato.

Silvico es un indio casi viejo, de pequeña estatura, encargado de todos los trabajos pesados de la pensión. Poco comunicativo, se limita a sopesar su carga, la amarra y poniéndose en cuclillas la sujeta sobre sus hombros y levanta el bulto sin esfuerzo aparente. Nada pregunta y emprende el camino.

A causa del intenso frío, desde las cinco de la tarde las calles van quedando desoladas. Una tras otra se van cerrando puertas, ventanas: un pueblo entero enconchando el calor del día. De vez en cuando, en la lejanía incierta se ven las siluetas de los aparapitas que a paso corto y apresurado cruzan el campo abierto, semejantes a extraños animales antediluvianos. Son los únicos seres vivientes que se ven a esta hora, llevando su cargamento hacia la estación de ferrocarril; todo esto, sobre un fantástico paisaje inmerso en la bruma.

Falta muy poco para terminar el armado del transmisor. Hay gran expectativa por su funcionamiento; con las últimas piezas recibidas la apariencia del aparato impresiona bien, pero los militantes del partido, que pacientemente han asistido a sus etapas de crecimiento, aunque no lo manifiestan, parecen no estar muy seguros del resultado final.

Desde abril se trabaja arduamente. En una casa lejana, cerca del río que cruza la frontera, esta noche se realizará una reunión con dirigentes que llegaron de La Paz y Buenos Aires. La movilización hace suponer que es de gran importancia.

Son las siete de la noche.

Más de cuarenta personas se apretujan en una sala, alrededor de los informantes.

«¿Están todos los compañeros citados?»

«¡Sí! ¡Sí! ¡Que comience la reunión!...»

«¡Compañeros, ha llegado el momento de la acción! ¡Dentro de poco sonará la hora cero!»

«¡No tenemos suficientes armas!»

«¿Dónde las vamos a comprar?»

«¡A los militares, a los policías!»

«¿Y acaso los militares no están a nuestro favor?»

«No, ya no. Ellos quieren el poder...»

«¡Muera el ejército!...»

«¡Pero la policía está con nosotros!...»

«¡Viva la policía!...»

«Bueno, compañeros, vamos a dar las últimas instrucciones...»

«Dominadas las autoridades y sustituidas por comités revolucionarios, la noticia deberá darse por radio al país entero de manera inmediata.»

«¿Pero cómo lo haremos saber?»

«El compañero Juan muy pronto pondrá el transmisor en funcionamiento.»

«¡Viva el compañero Juan! ¡Viva el transmisor!...»

«No olviden en ningún momento que el pueblo confía en nosotros.»

«El comando general de la revolución será éste, porque en cualquier caso nuestros jefes podrán escapar atravesando la frontera.»

«Y a nosotros que nos coma el tigre...»

«¡Ja, ja, ja!...»

«Bueno, la señal para entrar en acción será la iniciación de la huelga en todos los centros mineros del país, etc., etc.»

La reunión terminó a las tres de la madrugada.

En los siguientes días, todos los jefes de grupo partieron a sus distritos.

El transmisor está listo. Después de muchas horas de ajuste, bajo la apremiante vigilancia de algunos miembros del movimiento, fue posible por fin lanzar la voz al espacio, con palabras clave que no denunciaran el carácter del transmisor fantasma.

Como el tráfico de carga por ferrocarril es aquí tan corriente, los aviones de recepción que empezaron a llegar desde esta mañana decían: «La carga llegó en perfecto estado Punto Esperamos próximo despacho».

Esta noche habrá otra prueba, la última hasta el día señalado para el inicio de las operaciones. Por la importancia del hecho, se hará en presencia de algunos dirigentes locales y otros que vendrán expresamente de territorio argentino. Luego, como digno festejo del acontecimiento, mañana domingo habrá un almuerzo campestre.

Hace más frío que nunca. Tendido en la cama, cubierto con una gruesa manta espera la llegada de los delegados. No obstante la satisfactoria transmisión anterior y los infinitos ajustes posteriores, el temor no te da tregua, provocándote las más absurdas suposiciones.

Prácticamente, el aparato te ha hecho su prisionero. Con el revólver a la cabecera, duermes junto a él y cuando te ves obligado a salir cierras la puerta del cuarto con doble candado, pero a la media hora te sientes arrastrado por el temor y vuelves para cerciorarte de que nada ha pasado. Doña Remedios se queja porque has enflaquecido y cuando le pides que te mande la comida porque no puedes dejar el aparato abandonado, ella dice: «¡El aparato!...», y se va riendo socarronamente.

Golpes a la puerta y una voz que te llama:

—¡Juan!

—¡Quién es! —te sobresaltas no obstante saber que la hora se acerca.

—¡Es Lucio! ¡Abrí pronto!

El tono urgente te hace sospechar que algo ha sucedido.

—¿Qué pasa?...—Lucio está acezante y alarmado—. ¿Y los demás?...

—¡La huelga se ha declarado esta tarde en las minas, hermanito!

—¡La revolución ha estallado antes de tiempo!... ¡Varios compañeros han caído presos en La Paz y las minas!...

Quedas mudo. De pronto se te ocurre que se trata de una trampa. ¿Lucio traidor?... Sorpresivamente la puerta se abre y entran dos compañeros más, con la misma actitud. Es suficiente.

—¡Alto, carajo!... —has tomado el revólver y los encañonas decidido—. ¡Manos arriba!

—¿Qué te pasa, pues, hermanito? —dice Lucio, incrédulo. Los otros repiten la pregunta sin decidirse a levantar los brazos.

—¡He dicho que arriba las manos!... ¡Ustedes están tramando algo, carajo!

—¡Te juro que no...! —dice uno, risueño pero levantando los brazos.

—El Jefe llega en avión... Ya debe estar en La Quiaca...

—¡Sí; hay reunión de emergencia!...

—¿Y la prueba de transmisión? —preguntas casi convencido.

—Será para después, hermano...

—Tenemos que irnos ahorita; sólo vinimos para avisarte.

—A lo mejor el Jefe viene aquí. Tienes que estar atento... —y se van.

Si la huelga se ha declarado en las minas, ¿significa el aborto de todo el movimiento?... Harán cantar a los que han caído en manos de la policía. ¿Quién sabe hasta dónde puede quedar comprometido el mecanismo cuando una de sus piezas cae?... Depende de quién caiga. No es justo que después de todas las precauciones, los preparativos que se vienen haciendo desde hace más de cinco meses se derrumben en un día...

«Caiga la parte que caiga —habían dicho desde un principio—, la maquinaria no debe

dejar de andar...» Sin embargo, en el momento de la prueba siempre surgía un detalle (insignificante, decían) por el que todo se precipitaba al suelo, convertido en una ruina de pérdidas y desaliento. Luego, los reproches, el dolor, en fin, todo cuanto significaba el fracaso, requería una ardua labor de recuperación, casi tan larga como la anterior.

Ninguna de las emisoras que se captan de La Paz han dado noticia de los acontecimientos. «¿O tal vez la dieron en un momento en que nadie escuchaba la radio?...» Son casi las doce de la noche; en el dial del zenith te empeñas inútilmente por hallar el milímetro por el que, apretada por otras dos emisoras, sale lejana y ahogada radio «Illimani». La cercanía con la Argentina se impone con sus interferencias tangueras como un mensaje que ahonda la lejanía y la extrañeza de este paraje oscuro donde las maquinaciones revolucionarias se te presentan como el más descabellado empeño de querer hacer real lo que de pronto parece un juego infantil de policías y bandidos. Cuántas veces, discutiendo con Jorge, habías llegado a la conclusión de que recogiendo las tradicionales formas de gobierno nunca se llegará a otros resultados que los que arrastramos desde que se proclamó la independencia. Él, con el cinismo de siempre, te respondía: «¿Y qué pretendes? Es una generación que tiene que cobrarse lo suyo; hacer honor a su escuela.»

—¡Juan! ¡Juan!... —abres la puerta—: ¡Viene el Jefe!...

—¡El Jefe!

—¡El Jefe!

—¡El Jefe!... —es cuanto repiten quienes entran en tu cuarto, como anunciando la llegada del ángel terrible.

—¿Todo en orden, Martínez? —es su pregunta inmediata.

—Sí, Jefe...

—Bien... ¿Cuánto tiempo calcula que se tardará en saber los resultados de la situación insurgente?

—Bueno, uno de los primeros objetivos es tomar todas las centrales telegráficas y las emisoras locales. Desde aquí se impartirán las órdenes... y sabremos los resultados por esos...

—¡Perfecto!... ¿Tiene el mensaje grabado?

—Sí, Jefe. El jueves, a las nueve de la mañana, una vez que nos hayan confirmado la toma de los principales centros, en cadena conmigo... con nosotros, todo el país escuchará su mensaje...

—¡Perfecto!... ¿Algo más?

—Eso es todo, Jefe...

Y el Jefe, que es la encarnación gogoliana del profesor ya investido de su futuro poder, echa un vistazo al aparataje que hay sobre la mesa. Lo mira por detrás y por delante, lo toca, hurga uno que otro botón, bajo la atónita mirada de sus acompañantes, algunos de los cuales miran a Juan como queriendo decirle: «¡Cuidado! ¡Él sabe de todo!» Luego, con la misma agudeza y el ceño fruncido, el Jefe mira alrededor y parece medirlo todo en relación al tristísimo aspecto de la cama, los cajones, alambres y herramientas que hay por todas partes.

Avergonzado, tratas de explicar: —Este no es mi cuarto. Duermo aquí para cuidar... para no separarme de...

—¡Perfecto!... —te interrumpe, pues le has dado pie para que se explaye—. El espíritu

revolucionario debe mantenerse siempre alerta, igual que un centinela de la patria... Espero que todos habrán comprendido la misión que el destino les ha deparado y que...

En ese instante, interrumpiéndolo irreverentemente, entran dos hombres a los que él paraliza con un seco: —¡Qué pasa!

—¡Perdón! ¡Perdón, Jefe! —dice uno, y queda mudo.

El otro se recobra y dice:—¡Jefe, acaban de apresar en la quebrada a cinco compañeros!...

—¡Sí, Jefe! Estaban pasando la frontera cuando los guardias argentinos los descubrieron con sus reflectores...

—¡Pensarían que eran contrabandistas!...

—¡Carajo! ¡Esto más!... —sentencia el Jefe, y detrás de sus gruesos y redondos lentes, unos ojos bizqueantes denuncian al bicho atrapado; pero sólo los ojos, porque el gesto y el porte no se han inmutado y menos la voz cortante, que dice—: ¡Dispérsense!... ¡Cuatro de ustedes, vengan conmigo! ...

—¡Pero qué haremos, Jefe! ..

—¡Sí, qué haremos!...

—¡Qué haremos!... —dicen con la angustia de los abandonados en mitad del océano.

—¡A esconderse todo el mundo! ¡No nos reuniremos hasta nuevo aviso!... —y salen todos tras él, perdiéndose en el sombrío canchón.

Apagas la luz y la escena desaparece en la sombra, donde aún suenan como cascabeles las voces de los fantoches. Ahora es tal la soledad y el silencio, que se creyera que todo lo anterior no había ocurrido nunca. Enciendes una vela y contemplas el transmisor, una grabadora portátil pronta para transmitir el mensaje del Jefe. Presionas un botón, y... —«uno, dos, tres...» (oyes tu propia voz y luego...) «¡Compañeros, el pueblo está en armas! ¡Basta ya de ignominias y humillaciones! ¡El triunfo es nuestro porque hemos llegado a la forzosa decisión de enfrentarnos a las armas de los vendepatria, de los traidores, con nuestros puños si es necesario... —extrañamente gangosa, como articulada dentro de una caja hermética, la voz no se proyecta, suena fría, como un producto mecánico de la grabadora misma— no daremos un paso atrás... porque nuestra causa es la causa de todos los oprimidos... y por ella estamos dispuestos a ofender nuestras vidas... por eso es por lo cual yo estoy a la cabeza de la revolución reivindicadora con el pecho abierto... a la bala enemiga... pero dispuesto a llegar hasta el fin... sin soltar... el fusil de la honra y la justicia...», oprimes otro botón y la voz se corta.

Cada minuto que pasa ahonda en ti la sensación de absurdo, pero ahora con un regusto de trágicas premoniciones. Espectador distante, te ves —más que nunca— comprometido en un rol que no sabes cómo ha de terminar. *¿Es posible ligar mi destino al de esos hombres cuya aventura compromete un país?...* Ya sabes que su afán de poder, disfrazado de patriotismo, es el que los impulsa en esta farsa en la que ellos mismos, por un proceso de autojustificación, terminan por creer. Tuviste que llegar a este punto para ver que no son la encarnación de un destino de fe y sacrificio, sino la respuesta a una realidad de la que ellos son la medida; de otro modo, no concibes tal capacidad de mentira. Si bien los acontecimientos pueden estar por un momento en sus manos, el resultado final —confía en ello, Juan— tarde o temprano estará en manos de quienes ahora ellos se constituyen en salvadores.

El riesgo de tu aventura está al margen de todo engaño. Eres uno de los que tienen fe en que ese camino no siempre es solitario; en última instancia, cuanto la vida te ofrece es

señal de esa verdad, más allá de tu alcance tal vez, pero siempre posible en tu cercanía a los seres.

Todo ha terminado.

Permanecer un día más junto al transmisor no tiene sentido, cuando quizá en este momento en La Paz, en las minas, la gente está luchando; lo importante para ti ahora es eso y no seguir en las andanzas conspirativas como un personaje más de la historieta.

De muy cerca llega el estampido de un disparo de revólver, corto y seco. Quedas en suspenso y antes de lograr conjetura alguna, oyes el eco retumbante de varios fusiles disparando intermitentes. Nuevamente una pausa, que se alarga y de pronto liga con el lamentoso pitido de un tren que se anuncia desde lejos.

Repentinamente, oyes pasos que se acercan ruidosamente. Tomas el revólver y apagas la vela, los pasos se detienen junto a la puerta, hacia la que apuntas el arma:—¿Estás ahí, Juan? ¡Juan!...

—¡Quién es!

—¡Soy Uztaris, Juan, y otros compañeros!...

—¡Ah!... Entren... —es Uztaris, subjefe del comando local, con tres hombres, cada uno con un revólver en la mano.

—¿Y los otros?

—Se han ido... Se acaban de ir...

—¡Mierda! ...

—¿Qué eran esos disparos?

—¡Nos han sorprendido, carajo!... ¡Han caído casi todos los nuestros!... ¡La localidad está dominada!...

—¡Menos mal que el Jefe no vino!...

—¿El Jefe? ¡Si acaba de estar aquí!...

—...¿y dónde está?

—¡Se ha ido con otros! Hace diez minutos... ¡Y habrán cruzado la frontera!...

—¡Carajo! ¿Y la resistencia?

—¿Qué resistencia?

—¡Se está combatiendo, hermano! ¡Las cosas se han adelantado, nada más!...

—¡Pero cómo, si se han ido!...

—¡Ahora nos van a masacrar, hermano!...

—¿Qué hacemos?...

—¿Qué hacemos? ¡Escapar, carajo!... ¡Escapar como esos gallinas!...

—¡Vamos, Juan!...

—Yo... tengo que asegurar esto... Ya les doy alcance...

Uztaris y los tres hombres se van. No atinas en qué dirección dar el siguiente paso. Nuevamente ahora desde la estación te llega el nitido del tren. Es suficiente para que se

apodere de ti el impulso de partir. ¡Sí! ¡Subir al tren y partir!...

En la estación, unos pocos soldados vigilan la entrada de pasajeros. En los coches, los agentes entran y salen de los camarotes, revisando documentos. Es el tren internacional y los viajeros protestan. No partirán hasta concluir la revisión. Juan se va al costado opuesto del andén y espera la partida. A poco, la locomotora lanza un alargado aullido y se pone en movimiento. Juan se aferra al pasamanos y también parte. Cuando las últimas luces del pueblo desaparecen, abre la puerta y entra. Dentro de los coches, todos parecen aplastados, durmiendo en los asientos, en los pasillos, sentados sobre sus equipajes.

—¡Señor! ¡Señor!... —oyes a tus espaldas. Presto a huir miras a quien te llama—: ¡Écheme una manito, tengo asiento!... —es un viajero que no puede con el peso de un enorme bulto. Lo ayudas hasta un asiento sobre el que hay un amontonamiento de canastas y paquetes que el hombre hace desaparecer debajo de los asientos.

—¡Gracias, joven!... Siéntese aquí... ¿Quiere un traguito de pisco? ¡Es de pura uva!...

El traqueteo de las ruedas del tren lo adormece todo; una luz amarillenta envuelve las cosas, los seres, como abono piadoso de sombras para atenuar el cansancio.

Tupiza, Atocha, Huanchaca, son las poblaciones que el tren va dejando perdidas en la noche, hasta que la entrada a la estación de Río Mulatos, al amanecer, despierta a todos los pasajeros de segunda clase, que descienden del tren para desayunar en los puestos de mujeres indígenas que ofrecen comidas y café caliente. Mientras tanto, el ajeteo de carga y descarga, las maniobras de las locomotoras que impulsaron el convoy, se impone con feroces escapes de vapor, choques y detenciones bruscas, hasta que nuevamente, después de tres largos pitazos, vuelve a ponerse en movimiento para alcanzar muy pronto su regular y monótona velocidad.

Han subido algunos pasajeros que traen noticias: «... en Potosí, las minas han sido invadidas por el ejército. En Oruro, se han concentrado los mineros de todo el distrito...» dicen unos. «Los estudiantes y el pueblo se han plegado a la lucha...» «En las calles de La Paz se está combatiendo contra el ejército y la policía...»

Así, el trayecto hasta Oruro se acorta para ti, que de punta a punta recorres los coches una y otra vez. Ya sea negando o apoyando, con pesimismo o con optimismo todos comentan los acontecimientos. Al atardecer, la cercanía a la ciudad se anuncia a los pasajeros con el sobrecogedor eco de disparos que, desde lejos, corroboran cuanto se había venido rumorando. De pronto, ya cuando empezaban a verse las primeras calles de la ciudad, el tren empieza a disminuir forzosamente su velocidad.

—¡Miren! —grita alguien—. ¡Los soldados están haciendo parar el tren!

Todos los pasajeros se agolpan sobre las puertas y ventanillas para mirar. El tren se ha detenido.

—¡Están subiendo al tren!... —anuncian varias voces.

—Seguramente será para pedir documentos... —comenta alguien, como si hubiera expresado en voz alta tu presentimiento.

Tratando de disimular el apresuramiento, te abres paso a través del tren, hasta llegar al final. Para observar mejor, algunos pasajeros han descendido, manteniéndose junto a las

respectivas escalerillas de acceso; te reúnes a ellos y aprovechando la atención centrada en un solo lateral, caminas simulando mirar el paraje con distracción, hasta que, convenientemente alejado, apresuras el paso con decisión para alcanzar la primera bocacalle.

Indocumentado, te es imposible seguir el viaje por ferrocarril. Conoces la ciudad, y recuerdas que en las cercanías de la estación hay una agencia de la que parten camiones que transportan carga hasta la capital. La posibilidad de que las carreteras no estén vigiladas es la última esperanza para proseguir tu viaje.

Conforme avanza la mañana, la gente aumenta en las calles. En la zona del campamento y las instalaciones de la mina San José, los mineros hacen resistencia al ejército, dispersados en la montaña que se extiende a casi todo lo ancho de la ciudad y se eleva como una espalda protectora. La lucha está concentrada allí. Aquí abajo, las calles están fuertemente vigiladas por rondas de soldados y sólo es posible transitar por la zona de la estación y los mercados. Tienes amigos que viven en el centro a quienes quisieras ver, decirles que has vuelto. Laura, cuya actitud valiente en los acontecimientos de seis años atrás significó tanto para ti; Leticia, su amiga; Carlos Peredo, el dirigente universitario; los familiares de cuantos mineros que entonces te habían entregado su confianza al verte de su parte, compartiendo su indignación, sus esperanzas.

Una góndola ya casi repleta de pasajeros y dos camiones que sólo llevan carga se aprestan a salir.

—¿Por qué no va en la góndola, pues, señor? —dice el chofer de uno de los camiones.

—Ya está completa... mucha gente... —explicas— Tengo urgencia de estar mañana en La Paz.

—Bueno, si quiere ir en la cabina conmigo y el ayudante, en diez minutos estaremos listos.

—La gente tiene premura por viajar —comenta— Toda mi familia está en La Paz; mis hijos son jóvenes... Si la cosa está tan mal como dicen, los mercados deben estar cerrados y mi mercadería se va a perder... etc., etc.

El ayudante está colocando una lona para cubrir la carga.

Desde el sitio de combate, los dinamitazos responden a las armas de los soldados. Las pausas que se producen entre unos y otros hacen suponer que no se está combatiendo frente a frente, sino desde posiciones distantes.

Parte el camión, y el temor creciente de ser detenidos al salir de la ciudad se desvanece cuando la carretera se abre al frente, ofreciéndose infinita. Unas horas después, cuando casualmente el ayudante preguntó al chofer: «En Viacha tenemos que parar, ¿no, maestro?»... «Sí —respondió el otro—. ¡¡Ojalá que no nos revisen la carga!!...»

—¿ Quiénes ? —preguntaste.

—Los soldados, señor... Anoche querían hacerme descargar el camión... ¡Lo hacen por fregar nomás!...

—¿Falta mucho para llegar ahí?

—Unas dos horas, más o menos...

No lo pensaste más. No obstante la extrañeza y protestas del conductor, dejaste el camión en pleno desierto, para no caer en manos del ejército que seguramente controlaba el tráfico a lo largo de todas las carreteras. Entonces el hombre supo que eras un fugitivo; primero el temor apareció en sus ojos, pero luego, cuando en pocas palabras le diste una

explicación, el tono de su voz al desearte buena suerte te conmovió como una muestra de íntima solidaridad.

Emprendiste el camino, bajo un cielo encapotado, febricitante por cubrir una distancia interminable que te hacía pensar que aquel viaje no conducía a otro límite que a la nada. Frente a ti, con una claridad velada, el camino se perdía en un horizonte como de cielo y mar. Hundiéndote en el frío, sin abrigo, caminabas con los pies adormecidos, sintiendo apenas el tortuoso terreno. Soledad y silencio, y el instinto que te orientaba hacia el límite de la noche, hacia el final del camino.

Como buscando ubicarte bajo el cielo, tu voz rompió el silencio, penetrando la oscura profundidad con el sonido de un extraño ser en un planeta extraño. Cantabas, llamabas con toda la fuerza de tus pulmones, y no hubo eco que te respondiera ni límite para tu soledad; y lloraste, con la angustia heredada del primer hombre sobre la tierra.

De pronto, brotando veloz en el lejano horizonte, la claridad se elevó como un gigantesco telón, al fondo de la aplastante inmensidad.

Desde ese instante, el temor y la esperanza fueron el aliento que tus pulmones bebían anhelantes; partícula temblorosa y hinchada ante la visión caleidoscópica de la meseta brutal y maravillosa.

La aurora, al ir rompiendo imperceptiblemente la densidad de la noche, paralizaba la áspera brisa que en todo el trayecto se oponía a tu marcha, endureciéndote las articulaciones, impidiéndote dolorosamente manejar las manos, toda tensión en los músculos del rostro, aterido, quemado por la helada. Las piedras diluían su fina capa de escarcha y de la tierra se desprendía un invisible vaho de aroma acre, penetrante y recio.

Ni sed ni hambre; el agotamiento exacerbado no te da tregua.

La ansiedad nacida de la cercanía al enfrentamiento con tu incierto destino te impide detenerte, descansar, imponerte al ritmo de la marcha, al que tu organismo se entrega con una embriaguez torpe y ciega, impulsada por la loca circulación en las venas, por el sofocante fuelle de tus pulmones.

No, Juan; tenderse a la orilla del camino es como meterse en un hueco y entregarse a la voracidad de la tierra.

En algún punto del horizonte, este tiempo infinito y amargo, de irreductible fatalidad, culminará para germinar la calma, el reposo en lo cotidiano; dueño de su compás, su transcurso será dictado por ti, como tributo de fidelidad a tu destino: ¡hacia adelante, de espaldas al pasado!

El cielo se abre y el sol se asienta cubriéndolo todo de una tranquila placidez.

Al fondo del erial, la monotonía gris se rompe con la violenta irrupción de la cordillera. Es un oleaje gigantesco de azul profundo, petrificado y reverberante en su blanca superficie nevada.

Luego, como una corriente que brota de allí se expande a todo lo ancho, la línea de ese horizonte parece precipitarse hacia ti, con su aterciopelada superficie de paja brava. Y más acá, sobre esa chispeante sinuosidad, levantándose apenas pequeñas casuchas de consistencia efímera, que albergan la sombra, la soledad, la total desesperanza de sus habitantes —sin memoria, sin futuro—, ofrendando sus vidas en la dura lucha con la tierra flaca —para ganar aliento, para cumplir con la existencia que la naturaleza dio a cada uno.

Como un desprendimiento del árido contorno surge la pequeña figura de un niño, que tomándote distancia se detiene, buscando siempre para ello algún muro de piedras, un arbusto de paja o un promontorio de tierra. Cuando te acercas a veinte o treinta pasos, el pequeño indígena vuelve a ganar distancia y desde allí, con la azorada expresión de sus ojillos oscuros, vuelve a observarte, inmovilizado como una piedra, con la intensidad del temor ante un peligro que lo amenaza. Aparentando indiferencia, durante un largo trayecto apresuras el paso, pretendiendo adelantarte y tranquilizar al niño, pero pronto te das cuenta de que su obstinada persistencia no es de curiosidad, sino una vigilante manera de oposición a tu avance. Le haces un gesto amistoso con la mano y, esta vez, su carrera es más veloz, hasta que se pierde de vista. Asentada a la falda de una suave loma aparece una pequeña casa de adobe, cercada por una pirca de piedra negra, que sirve al mismo tiempo de corral para unas cuantas ovejas. El agudo ladrido del perrillo invisible aún, se mezcla a los balidos que, sin eco, se ahogan ahí mismo, produciendo una mayor sensación de abandono y soledad. Salió el perro de lanas negras, ladrando desesperadamente pero sin apartarse de la casa, y conforme fuiste acercándote pudiste ver, agachada junto a un brasero, la figura de un indio que soplaba el fuego. El niño apareció de nuevo, pero sólo para agarrar al perro y desaparecer detrás de la casita. Como la figura del indio permanece en la misma posición, entregado a su quehacer, ostensiblemente ajeno a tu presencia, al pasar frente a la casa saludas sin detener la marcha, esperanzado en obtener la respuesta que te dará lugar a pedir algún líquido caliente. «¡Buen día, tata!...» y el indio se vuelve a medias y responde al saludo con un breve movimiento de cabeza, mirándote ahora de frente, sin temor, sin curiosidad. «¿Cómo estás, tata?», y te detienes a la entrada: «¿Hay un poco de café?...» y otra vez, el movimiento de la cabeza ensombrecida, afirmativa, pero nada más. Del tarro ennegrecido que hierve sobre el brasero, el indio vierte en un pequeño jarro el humeante líquido, y desde un sitio te lo ofrece, invitándote de esa forma a trasponer el cerco de piedra. El contacto de tus manos con el calor, es agradable y tranquilizante; sentado frente al hombre, con las piernas estiradas, concentras tu atención en el curso del líquido dentro de tu cuerpo que como una esponja reseca, absorbe el calor expandiéndolo hasta el último intersticio. Sorbo a sorbo, bebes el líquido turbio, de sabor indefinible, míseramente endulzado. Ahora ningún rumor llega de la casa, ni la voz del niño ni el ladrido del perro, pero es evidente que, junto a su madre, se hallan en el interior, atentos y silenciosos, esperando tal vez que te marches, ya que junto al brasero se ven platos y ollas de barro, limpias y prontas para la comida matinal. El hombre, en cuclillas, atiende a ratos el fuego o deja vagar la mirada en la lejanía, en una actitud tranquila y ceremoniosa frente al sol que se eleva ya, descubriendo en su juego de luz y sombra las irregularidades de todo aquel paraje que antes, bajo la sucia luz del amanecer, aparentaba la lisa meseta de un desierto de arena. Se pone de pie y doblando los costados del poncho sobre sus hombros para dejar libres los brazos, toma de tus manos el jarro ya casi vacío y, sin decir palabra, vuelve a llenarlo y te lo alcanza, sin darte tiempo a obedecer al primer impulso de agradecerle e irte. «¡Gracias, tata...!» y, mientras vuelve a su anterior posición, su respuesta es: «Caliente, caliente...»

¿Qué interrogantes hay en ti, tata? ¿Qué respuesta te da la vida?... Sentado frente a ti, con el humeante jarro de té entre mis manos (porque eres mago y sabes que tengo frío), te miro y no te comprendo; la piel de bronce de tus manos posee el límite del arado y la prodigalidad de la semilla; el corte profundo de tu rostro está surcado de signos en los que no sé leer —no sé si tus ojos me dicen algo; tampoco sé si el brillo que poseen tiene la profundidad del cielo o del abismo... Tal vez todo es más simple y está contenido en la actitud de tus brazos al alcanzarme el jarro, en la sonrisa de tus labios (que no es

sonrisa sino un gesto llano, pródigo por lo avaro, más luminoso por el enigma de tus ojos), en el regalo de tu cuerpo inmóvil frente a mí, que no espera, sino que está ahí (como si no vinieras de algún sitio, como si no fueras a ningún sitio), como una presencia intemporal. Bajo el sol y rodeados de silencio ¿en qué norte? ¿bajo qué cielo?... No existe referencia de este punto en el universo; ni antes ni más allá, y tu existencia pertenece a esa suma de probabilidades de lo desconocido.

La inmensidad y tú, Tata, la soledad de Dios sobre la tierra.

Sentado al pie de la pirca, aún sin tiempo para beber el último sorbo y con el jarro entre las manos, te quedas dormido.

Bajo el peso de un profundo sueño, una y otra vez tus miembros se estremecen, urgiéndote a levantarte, pero el cansancio y una tibieza que no quieres perder, terminan por inmovilizarte. Cuando despiertas, eres un ovillo al que la rigidez y el dolor no le permiten moverse. Una manta te cubre y cuando sacas la cabeza, ves que el sol ha empezado a declinar. Nada se oye y la casa parece abandonada. Intentas sentarte nuevamente, y en ese instante percibes que algo se mueve a tu costado; es el niño que se ha puesto de pie, seguro después de haberte velado todo el tiempo. Se queda observándote, pero ya no como antes, sino confiado y hasta con un gesto que parece sonrisa.

—¿Y tu papá?... —ahora sí te muestra sus pequeños dientes—. El tata ¿dónde está?

El indio sale de la casa poniéndose el sombrero; intentas levantarte, pero tus piernas no obedecen. Él hace un ademán para que te quedes allí y va hacia el brasero, sobre el que hay una olla de la que vierte en una escudilla de barro que hacía de tapa una espesa lagua de maíz, que devoras soplando entre sorbo y sorbo para no quemarte.

En cuclillas contra la pared de la casa, el indio deja vagar la mirada en la lejanía, en actitud de respetuoso aislamiento. Reconfortado, ahora sí te levantas para devolverle la escudilla y la manta con la que te había tapado.

—Muchas gracias, tata...

—Bueno, bueno... —dice, y la llena de nuevo y te ofrece otra ración.

Conmovido, no hallas la forma de retribuir. Tienes dinero, pero temes la ofensa. Disimuladamente doblas unos billetes y al momento de entregarle la escudilla los deslizas en su mano y sin darle tiempo a reaccionar, le das una palmada en el hombro a manera de despedida y te vas.

Al anochecer, cuando en medio de la altiplanicie ves a la distancia, elevada como una cúpula de luz amarillenta, la población de Viacha, tus piernas ya no obedecen a la ansiedad por llegar.

Las calles desiertas, las casas cerradas, te hacen pensar por un instante que el pueblo ha sido abandonado. Vas hacia la estación, que es la zona de los hoteles. En la primera casa en cuya pared distingues el letrero golpeas, y de inmediato se enciende luz y alguien abre una ventana.

—¿Quién es?

—Señor, quiero una habitación...

—Ah... ¿Es usted solo? —pregunta con tono de desconfianza.

—Sí; acabo de llegar en camión... —dices para tranquilizarlo.

—Espere un ratito...

Te abre la puerta un hombre gordo, envuelto en un viejo abrigo.

—¡Caray! ¡Qué frío!

—Es sólo por esta noche...

—Ah... Pase por aquí, pues... —y te conduce hasta un patio rodeado de habitaciones—. Este es el cuarto... Son quince mil.

—¿Tiene algo de comer? Cualquier cosa...

—Caramba, con esta situación no hay pasajeros... No hemos hecho, pues, comida. Además, todo está escaseando...

—¿Ni un café con leche?

—Bueno, le podría hacer preparar un asadito con huevos y arroz.

—¡Señor!... ¡Señor!... —te habías quedado dormido—. Ya está servido... Venga por aquí... —te lleva a un pequeño comedor.

—¿Qué novedades hay? —preguntas—. ¿Cómo está la situación?

—Ah... bueno, el ejército se está preparando como para una guerra... Tanques, cañones, todo, pues, han sacado. Están frente al cuartel, ¿no ha visto?

—No...

—Parece que está fregada la cosa... ¡Menos mal que aquí no pasa nada!...

Al día siguiente sales del pueblo; cruzas los rieles y te encaminas a campo traviesa, hasta que encuentras como punto de orientación una recua de burros que ves a la distancia; te guiarán a paso lento hasta las cercanías de El Alto, de donde fácilmente y sin peligro podrás descender por uno de los innumerables desvíos, hasta la ciudad.

El sol es un hueco incandescente en la oscura bóveda del cielo. Rojizas reverberaciones parecen producir un latido en la tierra, que se estremece como la piel de un gigantesco animal dormido. A lo lejos, las nubes que han sido impulsadas por el viento han quedado inmóviles en la cresta de los cerros.

Cuando Juan divisa las siluetas del caserío de El Alto, casi ha concluido su trayecto; imperceptiblemente, ante tal certeza, la ansiedad ha ido cediendo su lugar a un tembloroso aliento de miedo. La desaparición de la recua de burros es la señal que debe encontrar para emprender el descenso a la ciudad. Aún no la ve, pero el presentimiento de su cercanía le produce una lasitud que consume en unos instantes —como si el fin único del viaje hubiera sido llegar a este punto— la energía para adelantar un paso más.

Un punto... dos... tres puntos rompen la línea del horizonte; parecen flotar inmóviles, pero agrandándose hasta internarse bajo esa línea y empezar a avanzar sobre la planicie. Ahora, una pesada nube de polvo que los precede permite comprobar su veloz carrera. Sin embargo, como si los elementos invisibles se opusieran, dan la sensación de no avanzar

sobre esa extensión comparable al infinito. Lentamente —marcando una amplia curva que termina por ubicarlos en una línea oblicua— ahora, con el sonido de los motores, percibe la forma de tres camiones. Se tiende como un lagarto y observa estático, hasta que pasan a poca distancia, repletos de soldados.

La tensión momentánea ha ido cediendo el paso a la percepción del viento, que al chocar contra su cuerpo no lo penetra, pero lo cubre de una densa capa helada. Gira sobre sí mismo hasta quedar de cara al sol. Todos sus miembros tienen aún el ritmo de la marcha, como la prolongación de su deseo de seguir caminando. Abre los ojos y se siente oscilar ingravido entre aquella inmensidad y la nada. Al cerrarlos nuevamente, el silencio y la oscuridad lo invaden hasta una especie de extrañamiento total.

En el rostro cetrino y los labios apretados, sólo los ojos que lo miran con una expresión de picardía y curiosidad denotan que la figura sentada frente a él —de una inmovilidad terrible— no es el cuerpo de un hombre congelado. Como si temiera romper esa tensión —por un motivo que no se explica— permanece tendido en el suelo, mirándolo fijamente.

—¿Lo ayudo, joven?

—No... —y se sienta.

—¡Caray!... No sabía si estaba durmiendo o le había pasado algo...

—Estoy bien... Creo que me quedé dormido.

El sol declina y el viento sopla más fuerte cada vez.

—¿Va a La Paz, señor?

—Sí. ¿Y tú?

—Sí... también estoy yendo... —contesta inseguro. Es un hombre joven, al que la descolorida chaqueta —en la que faltan algunos detalles—, el reciente corte de pelo y la manera de hablar, impersonal y rígida, denuncian su procedencia militar.

—Eres soldado, ¿no?

Se puso serio, dudó desconfiado, pero contestó: —Sí, pero... hace un mes que he desertado —se quedó silencioso. Después de un instante se poso de pie—. Bueno, yo me voy...

—Si vas a la ciudad, podemos bajar juntos...

—Bueno —contestó animado—. Si bajamos rápido, podemos llegar de día.

Caminaron sin hablar, hasta encontrar el primer atajo. La sensación de ansiedad y temor que le produjo ver la ciudad, extendida como al fondo de un hueco, velada por la neblina y el humo, lo hizo detenerse. El hombre siguió caminando solo, pero al notar su ausencia, se detuvo y lo miró extrañado. Juan le dio alcance.

—¿Tiene miedo?... —miró hacia abajo—. Deben estar combatiendo, pero todavía no se oye nada...

—Sí... Hace mucho tiempo que no veía la ciudad... Se ve bonita, ¿no? —siguieron descendiendo—. ¿Por qué desertaste?

—Me cansé de limpiarles el culo a los sargentos y oficiales... Todo el día haciendo ejercicios, limpiando guáteres... mi hermano tiene la culpa... Un día llegó a casa con sus

polainas y su uniforme nuevecito, y me dijo que en el servicio militar se hacía buena vida... Que le regalaban a uno dos uniformes y los sábados daban socorro para ir al cine, para gastos... Por eso me presenté en el cuartel... Tenía diecisiete años, pero yo dije que tenía veinte...

—¿Y cuánto tiempo estuviste en el servicio?

—Un año he estado... He buscado a mi hermano por todas partes, pero no aparece...

—¿Cómo escapaste?

—Bueno, cuando regresé de mi casa, después de año nuevo; un coronel me nombró su asistente. Toda la semana lo atendía a él, y después me llevó a su casa y entonces ya ni los domingos podía salir... ¡Nada me pagaba el cabrón!... La cocinera, una chola era, me trataba mal, carajo... Una noche me entré a su cuarto y me la culié a la fuerza, ¡qué desgraciada!... Al día siguiente le avisó a la señora y el coronel me hizo encerrar en el calabozo... ¡Quince días me fregó, carajo!... Después me llevó otra vez a su casa. Esa misma noche me la culié otra vez a la chola, y ese ratito me escapé... ¡ja, ja! ...

—¿De dónde eres?

—De Guaqui soy... Mis padres viven ahí... —se detuvo de repente—. ¡Mirá, joven!... —a unos cien metros, saliendo de una curva, apareció un grupo de hombres, descendiendo por un sendero que se cruzaba con el de los dos. Ellos los vieron y también se detuvieron.

—¡Nos han visto, carajo! —dijo el soldadito.

—¡Hola, compañeros!... —gritó el que estaba más cerca. Llevaba un fusil y entre los otros, algunos también portaban armas. Siguieron descendiendo y los esperaron.

—Buenas, compañeros... —dijo uno que se adelantó. Los otros quedaron atrás, observando—. ¿De dónde, pues, vienen ustedes?

—De Viacha, compañero —se adelantó Juan.

—Bueno; nosotros somos obreros... Estamos combatiendo contra el ejército que nos quiere masacrar...

—¿Contra el ejército? —dijo el soldadito—. ¡Ahorita nomás, tres camiones han pasado, llenitos de soldados!... Ya deben estar en El Alto...

—Sí; se están preparando para tomar La Paz... ¡Pero no los vamos a dejar pasar, carajo!... ¡Somos hartos, en todo el camino!

—En Viacha, frente al cuartel, hay tanques y cañones, listos para venir... —dijo Juan.

—¡Sí, sabemos!... ¡Pero no importa!... —los otros reemprendían ya el camino—. Bueno, tenemos que irnos...

—¿Yo podría ir con ustedes?... —dijo Juan. El obrero se detuvo—: ¿Usted?...

—Sí... No tengo arma, pero sí puedo...

—Bueno, uno más... —miró al soldadito—. ¿Y tú?...

—¿Yo?... Bueno... ¡qué caray!... ¡Yo también, pues!...

—¡Compañeros! ¡Compañeros!... —detuvo a los otros—. ¡Tenemos dos más en nuestras filas!... —la recepción general fue cordial.

—Tenemos un puesto cerca de Villa Victoria. Hay unos compañeros que van a ir al Comando para traer armas y munición... ¡Hasta una camioneta tenemos!... —y juntos continuaron el descenso.

El grupo estaba compuesto por trabajadores de la fábrica de vidrios, de las textileras; todos combatientes al mando del Zapatero, ex combatiente de la guerra del Chaco («Sargento Primero de Artillería del Regimiento Loa, para servirlos, compañeros...»).

Llegaron al puesto, donde otros cinco trabajadores esperaban junto a una camioneta roja. Se repartieron cigarrillos, un trago de pisco, mientras se discutía la estrategia a seguir.

La camioneta debía partir para volver antes del anochecer, trayendo armas y más hombres. Había que bloquear toda entrada a la ciudad, de cuanto significara refuerzos para el enemigo.

—¡No dejaremos pasar ni un alma, compañeros!...

—¡Ya! ¡Todos a sus puestos!...

y... ¿desde cuándo?... Por encima de todo, el aire saturado por el sordo rumor de los combates lejanos, inubicables en el espacio.

**Capítulo de la novela, premiada por Casa de las Américas de Cuba, Los muertos están cada día más indóciles, de Fernando Medina Ferrada, que vive en Caracas-Venezuela, edición boliviana, La Paz, 2003.*